



Recordar al moro Fayad Jamís

Jaime Augusto Shelley



Fayad Jamís

TAREA INSOSLAYABLE CUANDO SE VIENE A LA MEMORIA, de golpe, la imagen. Algo se dijo, o se escuchó la conversación apresurada (¿la última?) en algún festival, con promesas de encontrarnos pronto. Luego nada, silencio, y sin más, el anuncio de su muerte.

Así es esto de vivir.

*After this death, there is no other.
(Después de ésta muerte, no hay otra.)*

Así lo expresa en un bellissimo poema, Dylan Thomas. Y el revuelo de pensamientos —no confusos, sino tal vez sobrepuestos— se agolpa y está bien tratar de ordenarlos, empezando por el principio.

El poeta Fayad Jamís nació (¡quién lo iba creer!) en el poblado de Ojo caliente, Zacatecas, en 1930; hijo de un comerciante sirio y una mujer mexicana. Los negocios no prosperaban para la familia, de modo que —no sabemos por cuáles razones—, emigraron a un pueblo llamado Guayos, en el centro de Cuba.

Fayad estudió artes gráficas, y contrariando la voluntad de su padre que lo quería a cargo de la tienda, siguió su vocación artística en La Habana, y más tarde (1955-1958) en París.

Desde muy temprano pinta y contribuye con diseños y dibujos para libros y revistas. También escribe poesía (más tarde, su naturaleza lírica lo

de la sala me tomaron la foto para el archivo de los peligrosos “comunistas” de ese entonces.

Pero volvamos con nuestra historia. A Fayad Jamís en realidad no lo conocía. Fuimos amigos por los muchos años que pasó en México, con cariño visible y gran respeto (sin faltar las bromas, claro). Ahora sé que lo conocí muy poco y desearía haberlo presionado con más preguntas. Sólo que su carácter de Consejero en la Embajada de Cuba le obligaba a una reserva diplomática, la que agregaba a la suya propia, que era mucha. Porque, bien mirado, la cuestión era bastante compleja: su herencia árabe, su nacionalidad, de nacimiento, mexicana, su cubanidad indisputable y entre todo esto, el continuo desarraigo, todo lo cual lo hacía un sujeto enigmático.

A veces, tomábamos unos vasitos de ron y café al estilo cubano, en su departamento de la colonia Polanco, cerca de la Embajada. Hacia el final de esos años me confió que estaba construyendo (o reconstruyendo) una casa en la Habana, lo que lo ilusionaba mucho, pues su nostalgia no era menos.

Un día, en alguna feria (o circo, sería más apropiado) donde pasamos tediosas horas de exhibición frente al público (se trataba de una lectura colectiva), me pidió que escribiera un breve texto de presentación para un libro que preparaba. Sin más información, me senté a escribir. Transcribo el principio del texto para el libro (publicado en Guadalajara, en 1984) *Sólo el Amor*:

Diáfana, sencilla y sin rodeos, así podríamos describir la poesía de Fayad Jamís. Así podríamos enunciar, también, una tradición, la de eso que llamamos (porque no sabemos llamarla de otra manera) arte popular. Con una diferencia cualitativa bien clara: la poesía de Jamís viene del futuro y es, poema a poema, *un hecho original*.

Y sí, debo decir que me duele, y mucho, salir de aquí y despedirme, otra vez, del gran poeta y fraternal amigo de la única posible manera. Y ésta es, por supuesto con poesía. De ese libro, recupero:

Abrió la Verja de Hierro

Abrí la verja de hierro,
Sentí cómo chirriaba, tropecé en algún tronco
y miré una ventana encendida, pero la madrugada
devoraba las hojas y tú no estabas allí diciéndome
que el mundo está roto y oxidado. Entré,
subí en silencio las escaleras, abrí otra puerta,
me quité el saco, me senté, me dije estoy sudando,
comencé a golpear mi pobre máquina de hablar,
de roncar y de morir (tú dormías, tú duermes, tú no
sabes
cuánto te amo), me quité la corbata y la camisa,
me puse el alma nueva que me hiciste esta tarde,
seguí tecleando y maldiciendo, amándote y
mordiéndome
los puños. Y de pronto llegaron hasta mí otras voces:
iban cantando cosas imposibles y bellas, iban
encendiendo
la mañana, recordaban besos que se pudrieron en el río,
labios que destruyó la ausencia. Y yo no quise decir
nada
más: no quiero hablar, acaso en el chirrido
de la verja rompí cruelmente el aire de tu sueño.
Qué importa entrar o salir o desnacer. Me quito los
zapatos
y los lanzo ciego, amorosamente, contra el mundo.

Fayad, el entrañable amigo, desapareció *físicamente* en La Habana, el 13 de noviembre de 1988. Su obra seguirá viva y su recuerdo también, con su inextinguible hábito de amor a la Humanidad, que permeó toda su existencia. ■